

DIARIO DE MURCIA.

SANTAS CANDIDA, ROSA DE VITERBO Y ROSALIA, VIRGENES.

Este periódico sale todos los dias, excepto los lunes.—Se suscribe á él en su Redaccion, calle de la Traperia número 70 y en la Libreria del Editor cuatro esquinas de San Cristoval; á 6 rs. al mes y 9 fuera franco de porte, en cuyos puntos se admiten tambien los anuncios á medio real por linea.

MATILDE DE GUZMAN.

Novela original,

por la

SRTA. DOÑA CONCEPCION BUENDIA.

DEDICATORIA.

—O—

A tí, mi querida amiga, te dedico esta pequeña produccion. Escaso ó ninguno será el mérito que posea, pero yo confio en que la generosidad de tu alma me dispensará los defectos que en ella haiga. Mis deseos solo llevan por objeto el agradarte, y me tendré por dichosa si leyéndola escalas un suspiro en memoria de los afanes de su autora.

I.

Era un dia de Setiembre. El sol iba reclinándose sobre el occidente, y la noche estendia su obscuro manto sobre el universo. Una jóven recostada en el asiento de un jardin, contemplaba las yervas que en derredor de ella habia. Hera hermosa cual la aurora, su cara ovalada y unos ojos rasgados con largas pestañas que se estendian sobre sus mejillas, daban un doble realce á la virgen encantadora.

En su faz estaba gravada la imágen del dolor, tiernos suspiros escalaba su pecho, su rostro estaba pálido ¿ No podia asegurarse que padecia mucho? En efecto; un tétrico acontecimiento que la habian comunicado hacia cuatro dias, la inspiraba un sentimiento tan profundo que la despedazaba el corazon.

Amaba á un jóven con una pasion tan intensa y cimentada, que sola la muerte pudie-

ra haber arrancado de su pecho un amor que se formó á los quince años, que es cuando se fomentan las pasiones acaso para no poderlas olvidar.

Hacia cuatro dias que estando Matilde (asi se llamaba la jóven de quien hablo) en el teatro, se la habia presentado un jóven bien parecido, y que por la nobleza de su carácter, apostura y gallardia, manifestaba ser de una clase bastante distinguida ¿ Sois señora, la dijo, Matilde de Guzman? Yo soy, caballero, respondió la cuitada ¿ para que me necesitais? Tengo que hablaros, respuso el doncel: tomó una silla, y sentándose al lado de la desgraciada Matilde, dió principio á su narracion en los términos siguientes

Acabo de recibir, señora, una noticia que deberá seros funesta. Triste, muy triste, me es tener que comunicarosla; pero me lo encarga asi persona á quien aprecio y debo obedecer.

Un temblor combulsivo fue la respuesta de Matilde, su rostro perdió el sonrosado color que siempre la adornara, y sus espresivos ojos manifestaban un terror indecible. Al fin rehaciéndose un poco, la fue dado hayar valor para preguntarle ¿ Quien sois y que teneis que decirme? hablad pronto, caballero. Soy Eduardo de Castilla, señora, tal vez no me conocereis, y lo que bengo á participaros es, que Enrique vuestro amante, hace cuatro horas que reposa en el sepulcro. Un ¡ay! lastimero, desgarrador; lanzó la pobre jóven, y cayó desmayada á los pies de Eduardo.

Todo el público se precipitó á ver y socorrer á la hermosa, y su mamá que hera la única que la acompañaba, su mida en el mas alto grado de estupor, el mismo exceso de su pena no la permitia siquiera dar iudicios de